

Nº 06 / Territorio dominado por el Estado Chileno / Septiembre 2016

anarquistas por el comunismo
comunistas por la anarquía
Boletín Periódico Agitativo

rhf@riseup.net

T R A B A J O , TRABAJO, TRABAJO!



"Vaya experiencia la de vivir con miedo, ¿no? Eso es es ser un esclavo" *(Blade Runner, 1982)*

"Sí, somos esclavos. Cuando le debes dinero a alguien eres un esclavo" *(Ladrillero de Afganistán, 2015)*

De sobrevivir a la crisis social y ecológica que enfrentamos hoy, la humanidad mirará hacia atrás esta época en la que vivimos como uno de los momentos más oscuros y violentos de toda su historia.

En 1833 el político y colonizador inglés Edward Gibbon Wakefield comentaba sin reparos que "los obreros a quienes se hace trabajar en exceso mueren con asombrosa rapidez; pero las vacantes de los que perecen son cubiertas rápidamente sin que el frecuente cambio de personajes introduzca ningún cambio en la escena". Casi doscientos años después y al otro lado del planeta, Xu Lizhi, un obrero de 24 años empleado en una de las compañías de ensamblaje más importantes de China (Foxconn ensambla para Apple, Sony, etc., y cuenta 800.000 trabajadores en sus filas), poco antes de lanzarse por la ventana de su departamento apuntaba en su cuaderno: "Taller, línea de ensamblaje, máquina, tarjeta de fichar, horas extra, salario. Me han entrenado para ser dócil. No sé gritar o rebelarme, cómo quejarme o denunciar, sólo cómo sufrir silenciosamente el agotamiento". Xu Lizhi era uno más de una lista larga. Tras la oleada de suicidios dentro de la fábrica la compañía decidió obligar a los empleados a firmar una cláusula especial "anti-suicidios". Hoy Chile celebra, junto con los éxitos en el fútbol y el destape cultural, que tiene uno de los edificios más grandes de Latinoamérica, el más alto y con el shopping más grande, tan grande que incluso en su interior sus clientes pueden suicidarse lanzándose al vacío. Ahí tampoco, por muchos que sean los muertos, se introducirá ningún cambio en la escena, hayan o no dejado versos en su paso.

Lo que realmente se celebra en el Costanera Center es el agotamiento, inequívoco e irreversible, de un sistema de producción: el del trabajo y el valor. Eso es exactamente lo que ponen en evidencia los cadáveres que se acumulan en la planta baja del edificio, justo al lado de una colección interminable de mercancías que se adquieren en cómodas cuotas.

Este proceso de decadencia viene anunciándose en todo el mundo desde los años 70, momento en que el proyecto de los *Estados de Bienestar* que intentó implementar el capitalismo se vino violentamente abajo: golpes militares, guerrillas, protestas y estallidos sociales que se esparcían por todo el planeta acusaban el fin de una era del desarrollo del capital y el inicio de otra. En el territorio chileno esta nueva etapa, que tenía como principal objetivo reorganizar los roles de las distintas clases sociales y extender la vida útil del modo de producción un poco más, fue conducida por la burguesía internacional y vigilada implacablemente por las Fuerzas Armadas chilenas. Hacia la década del 90 la democracia consolidó ese proyecto en lo político, generando un escenario en el que la clase explotada volvía a tener una voz, aunque esta vez fuera de manera completamente dispersa y desarticulada vía el espectáculo de la "clase media", los "ciudadanos", los "indignados", etc. Hoy, aún en ese escenario, todas las "demandas sociales" encuentran un espacio de expresión en tanto sean "demandas políticas": exigencias de una parte que no tiene el poder a otra que si lo tiene por medio de los conductos regulares. Sin embargo, cada vez que estas demandas se expresan por fuera de los conductos regulares y se transforman en críticas prácticas, el Estado, a través de todas sus instituciones más o menos oficiales (partidos, organizaciones, ministerios, agencias, tecnócratas, etc.), acude pronta y eficientemente a reprimir y disuadir las masas insurrectas. Eso es lo que se ha podido constatar, por ejemplo, en las movilizaciones de secundarios, la huelga general de agosto del 2011, los levantamientos en Aysén, Tocopilla y Chiloé, o incluso en los eventos post-terremoto en Concepción el año 2010.

En el fondo de estas luchas y catástrofes sociales se encuentra la inexorable precarización del trabajo que ya se prefiguraba en los inicios de la revolución industrial: el trabajo de cada ser humano (es decir su tiempo) vale cada vez menos porque los capitalistas están obligados a encontrar formas cada vez más elaboradas de abaratar los costos de producción para obtener ganancias y mantenerse activos en la competencia. Primero fueron las máquinas a vapor, luego los computadores, hoy es la flexibilidad laboral. En la capital, frente a un espectáculo

dantesco de mercancías, a un proletario ya no le basta con tener un solo trabajo, debe endeudarse por décadas o buscar formas secundarias de generar dinero: dobles turnos, trabajos nocturnos, "pololitos", etc. En las regiones, simplemente no hay trabajo ni circulan las mercancías, al punto de que cada vez se hace más común que provincias enteras queden desabastecidas de artículos de consumo básico. Un egresado de historia termina poniendo un almacén; un abogado recién titulado conduciendo un taxi o trabajando para un centro de formación técnica. Ni siquiera el supuesto mercado de las "actividades especializadas" es nicho de estabilidad.

En el territorio dominado por el Estado chileno conviven esquizofrénicamente la imagen de una potencia económica en linea recta a la abundancia, y la realidad de una sociedad que se cae a pedazos por falta de trabajo y por exceso de él: el que no está parado y desesperado intentando encontrar la forma de ganarse la vida, está corriendo como loco entre el trabajo, la casa y el Mall gastándose la vida en una espiral de alienación que sólo aumenta.

Con todo, ningún grupúsculo de izquierda (leninista o anarquista, revolucionario o no) ha sido capaz de reconocer la profundidad de este hecho histórico. Lo que hacen en cambio es darle una vuelta de tuerca más al programa decimonónico de afirmación del trabajo como si fuera una forma natural de producir la vida; todavía discuten cuál es la forma más "eficiente y justa" de repartir un pastel que no existe más que como ideología de la riqueza social. Es más, ellos mismos, en tanto partes de una masa social atomizada, son expresiones de la violenta maquinaria de la división social del trabajo.

Por el contrario, los anticapitalistas reconocemos en el trabajo, tal como lo conocemos hoy, una forma de producción específica de un periodo histórico que tiene unas relaciones sociales de producción específicas. La contradicción entre capital y trabajo no se supera afirmando lo primero, ni menos lo segundo.

Los muertos del Costanera Center, y todos los demás muertos en vida que se esparcen por este territorio miserable, ponen en evidencia la verdadera cara de esta vorágine alienante a la que conduce el trabajo y su lógica de producción de valor: *"El triunfo del capitalismo es también su fracaso. El valor no puede crear una sociedad habitable, ni siquiera como sociedad injusta; más bien destruye sus propias bases en todos los ámbitos".* (Anselm Jappe)

Las A.F.P. (administradoras de fondos de pensiones) son parte de una serie de políticas públicas que de manera sistemática precarizaron aún más las vidas de los proletarios (isapres, municipalización, modificación de jornada laboral, etc.) en pos del aumento progresivo de la ganancia económica de la burguesía chilena.

Este fenómeno, ocurrido hace ya varias décadas atrás, lo entendemos como parte de un acomodo necesario dado por las propias contradicciones del capitalismo, que viendo como el antiguo régimen proteccionista ya no brindaba los índices de ganancia necesarios para el progreso y acumulación capitalista, se vio en la urgencia de realizar un giro en sus políticas, partiendo, claro está, por las regiones más marginales del planeta, en nuestro caso Chile. Esto lo podemos ver en su continuación histórica; cuando cada vez son más los países europeos que van cayendo a merced del banco mundial y sus políticas de austeridad, provocando grandes oleadas de protestas en Francia, Grecia, Inglaterra y otros países de Europa, donde ahora también es necesario aplicar dichos reajustes.

Entendiendo esto, podemos ver que nuestra situación no responde a un capricho local de cierta clase política, sino que es parte de un complejo engranaje geopolítico que apunta a todas luces hacia la precarización de la vida, para solventar el cada vez más insostenible gasto de recursos naturales y humanos que sostiene al sistema capitalista. Así mismo, esta precarización debe ser resuelta por los proletarios quienes en todo el mundo deberán alzarse contra esta forma de no-vida o aceptar las continuas y crecientes vejaciones que el capitalismo inherentemente trae consigo.

Las AFP son el enunciado de un sistema que prioriza por sobre todo la producción económica antes que la vida humana. Donde es más valioso trabajar que pasar tiempo con nuestros seres queridos. Donde la vida misma se ha vuelto un teatro, una apariencia valorizada en función de la cantidad de dinero que poseamos. Donde ya no somos poseedores del fruto de nuestra actividad. Donde somos desposeídos de poder organizar nuestras condiciones de existencia. Donde hemos perdido la capacidad de imaginar una vida desprovista de mercancías. En síntesis, donde se nos empuja a vivir del trabajo asalariado a cambio de una vida que no elegimos.

Las AFP son una expresión más del robo de nuestro tiempo y energía. Pero una expresión nada despreciable, es el robo de nuestro tiempo y energía de TODA UNA VIDA. Una burla que busca naturalizarse en los explotados a través de los medios masivos de comunicación, exponiendo ejemplos como el de un jubilado de 78 años glorificado como "el mejor trabajador de Chile", por continuar empleándose en labores asalariadas. Simultáneamente, vemos como quienes se encargan de cuidar los intereses de la burguesía (militares, policías, y demases) cuentan con pensiones el triple de altas que las de cualquier proletario común, y que su edad de jubilación es de ¡sólo 40 años!, demostrando que la falsa promesa del Estado/Capital de permitirnos un poco de vida sin trabajar en el ocaso de nuestros días es una burla descarada a nuestros esfuerzos vitales. Es por esto que no nos conformamos con un mero cambio de fondo de pensiones, queremos nuestro tiempo de vuelta, **QUEREMOS RECUPERAR NUESTRAS VIDAS.**

El capitalismo es la negación de la vida como actividad auténtica, es la transformación de la vida humana en simple objeto, mercancía intercambiable en el mercado. Ante esto, es urgente y necesario anteponer una organización comunitaria y revolucionaria en nuestros barrios, escuelas, lugares de trabajo, desarrollando prácticas vivas que busquen tensionar cada una de las relaciones de miseria que nos impone esta reproducción social llamada capital. Es por esto y muchas razones más, que decimos una y mil veces:

¡ABOLICION DEL TRABAJO ASALARIADO!
¡ABOLICION DE LA PROPIEDAD PRIVADA!
POR LA COMUNIZACION DE LA VIDA, GUERRA AL ESTADO/CAPITAL.

¡Que reviente la economía!

(apuntes críticos contra la dictadura de la economía y por una práctica para librarnos de ella).

¡Que revien-te la econo-mía!



La economía, se nos dice, es la categoría de la vida social referida al área de administración y gestión del producto de la actividad humana, resultado natural de la actividad social. La economía así entendida poseería un carácter neutral y sólo sería una categoría de la vida social referida a la gestión, por lo general cuantitativa, de este resultado de la actividad humana. Pero esta perspectiva neutral de la economía como la mera cuantificación y gestión del producto de la actividad humana oculta el hecho de que lo que caracteriza actualmente a esta esfera de lo social es en realidad **la esfera referida a la administración y gestión de la producción de un sistema en particular: el sistema productor de mercancías, el capitalismo.**

La realidad capitalista, el mismo movimiento que enajena al humano de su actividad y del mundo en el que habita, fragmenta esta realidad en esferas *separadas* y aparentemente autónomas. Pero cuando una conciencia crítica lo suficientemente incisiva descubre que en la lógica del Capital la esfera de la economía no es sólo lo más importante sino que la *única* importante, revela a su vez que es ésta la que determina todas las demás, su autonomía es sólo aparente, porque en realidad están determinadas por las necesidades de la economía en expansión. En su expansión, esta economía transforma el mundo,pero lo transforma únicamente en mundo de la economía (Debord). No hay esferas que puedan existir independientemente de las relaciones sociales en las que se producen, y nuestras relaciones sociales en particular están determinadas por la imposición de la economía.

El mundo de la economía es el mundo de la dictadura de la mercancía. La producción de mercancías determina nuestras relaciones sociales reduciendo la actividad humana al trabajo (productor de mercancías) y el consumo (de estas mismas mercancías). Estas mercancías pueden tomar diversas formas, desde objetos a servicios, y su utilidad varía de un caso a otro, o pueden simplemente carecer de un uso práctico; lo que no es importante para el Capital. Para el Capital lo que importa es que estas mercancías puedan ponerse en circulación para su valorización en el mercado. Para el Capital no es importante solventar tal o cual necesidad humana, sino que poner en circulación mercancías que puedan ser intercambiables para la creación de más valor. Esto se conoce como **valor de cambio** y determina la lógica del orden actual. En este sentido, las mercancías no son sólo lo que resulta del proceso productivo, sino que todo aquello que se pueda poner en circulación para crear más valor, lo que incluye al mundo entero (naturaleza, animales y humanos). La mercantilización de la actividad humana toma forma en el trabajo asalariado (y en toda actividad alienada que éste deba hacer para subsistir). La miseria que se padece en la esclavitud del trabajo no se debe sólo a que existe una minoría con el poder suficiente para explotar a los demás, sino que el trabajo es nuestra actividad alienada y necesaria por y para los imperativos de la circulación mercantil y la creación de valor: la esclavitud del trabajo asalariado es la actividad necesaria para reproducción del mundo de la economía.

Pero hay quienes dicen que la economía existió siempre; que el intercambio y la producción han existido desde la primeras formas de organización humana y que referirse a la economía es referirse precisamente a eso, de manera que lo que actualmente concebimos como economía no es sino una de sus formas. Por lo tanto, dicen los críticos de la economía actual (que en el lado "revolucionario" cuenta con marxistas-leninistas hasta anarquistas más tradicionales), habría que cambiar la manera de gestionar la economía, y no acabar con la economía en sí, a la que se le concibe como un área tan natural de la vida social como a cualquier otra. Esta perspectiva pasa por alto que la economía como categoría especializada de la gestión de la producción es una categoría contemporánea, propia de la civilización capitalista. Pasan por alto que la circulación mercantil -que es el valor valorizándose[1] - no es en absoluto lo mismo que la producción proporcional a las necesidades del comercio de otros tiempos, demasiado débil y todavía estrechamente ligado a las necesidades humanas; que la producción de los maestros artesanos o de las comunidades antiguas no tiene nada que ver con la producción alienada e impersonal inherente a la producción industrializada. Si bien ambas son resultado del movimiento histórico, y tanto la industrialización como la actividad alienada son el resultado progresivo del advenimiento de la dominación de la economía (gracias a la clase de la economía en expansión, la burguesía) contra las viejas formas de propiedad, las relaciones sociales que producen y reproducen la sociedad y el intercambio actual no son en absoluto las de aquellos tiempos, ni se puede equiparar la una a la otra haciendo de la segunda la conclusión del progreso de la primera, ya que ambas surgen de condiciones sociales absolutamente distintas, aunque se les intente indiferenciar bajo una categoría general como economía. El pensamiento burgués, el pensamiento de la economía, que no concibe más que el crecimiento cuantitativo, en su agónico devenir intenta suprimir el pensamiento de la Historia, ocultando que las condiciones actuales de vida en la Tierra son el resultado de la imposición de su modelo productivo particular. El pensamiento burgués, que se generaliza en forma de sentido común, pretende hallar los origines de las relaciones sociales actuales en un supuesto desarrollo natural humano, ocultando (puesto que su lógica no le permite aceptar esto) las formas de sociabilidad y de comunidad anteriores a él. Entonces el sentido común nos reprocha el "sinsentido" de atacar la economía, pues siendo ésta el resultado natural de la actividad humana, estaríamos atacando a la actividad humana misma, como si la economía fuera algo inherente a la organización humana.

Cuando decimos "que reviente la economía" no lo decimos con la única esperanza de que una crisis en el aparato de producción capitalista resulte en terrenos favorables para irrupciones revolucionarias (si bien tampoco negamos que estas crisis pueden resultar favorable a la agitación revolucionaria, creemos que la crisis capitalista se encuentra *ya presente en la actualidad*, y que es en ella donde creemos que hay que actuar), sino que porque concebimos la abolición del capitalismo como la abolición de la economía y de toda categoría social separada, cuya existencia tiene sólo cabida en un sistema dedicado a la cuantificación de todo lo existente para su circulación en el mercado. Si bien la explotación y la servidumbre han existido en organizaciones humanas previas al capitalismo, es la dictadura de la economía quien las determina hoy, de ahí que nuestros esfuerzos por dilucidar y combatir este entramado social se dirijan en gran parte hacía y contra ella. Reconocemos en la economía el reinado del Capital y no nos interesa ninguna nueva forma de gestionarla. De ella sólo esperamos su desaparición para poner en su lugar relaciones basadas en la comunidad de las necesidades y afectos humanos, la comunidad humana.

"Poner en duda su mundo, con sus categorías (que, por otra parte, son la expresión teórica dominante de una realidad concreta), supone abrir una perspectiva que sobrepasa violentamente las muchas propuestas de quienes quieren mantener intocable lo invariante de esta sociedad capitalista. Ya no se trata, y nunca fue necesario, hacer una lista de calamidades e injusticias, un detalle de las consecuencias; debemos comenzar a buscar las causas más profundas y estudiar nuestras posibilidades" (Cuadernos de Negación N°9, *¿teoricismo?*)"

¿Control obrero de la producción, autogestión de la industria? ¡Desarme industrial!
¿La economía está en crisis? ¡Que reviente!

1-En A&C N°3definimos valorización del valor así: La creación de valor es el proceso mediante el cual el Capital se encarga de que toda la actividad humana y animal se oriente hacia la conversión de valores de uso en valores de cambio y toda la finalidad de nuestras vidas en este mundo se reduzca a poner el cuerpo y el espíritu al servicio de la creación de dinero. La valorización del valor apunta además a que este proceso se intensifique al máximo mediante la actividad desesperada de cada uno de nosotros, impuesta por el mundo del Capital, para convertir ese valor en más valor.

COMUNIZACIÓN (2°)

**A continuación se presenta la segunda parte de nuestra definición del concepto "Comunización", la primera parte está en A&C numero 5"

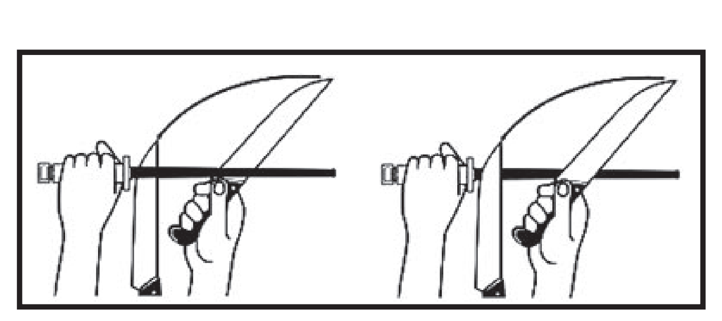
En medio de las intensas agitaciones sociales de los años 60 y 70, los revolucionarios redescubrieron algunas expresiones radicales olvidadas por décadas. De este modo reconectaron con una tradición de lucha que iba desde los textos apócrifos de Marx hasta la Internacional Situacionista, pasando por las oposiciones obreras anti-bolcheviques, el anarquismo revolucionario, el comunismo de consejos, la izquierda comunista italiana, etc. La reapropiación de esas experiencias permitió a los teóricos radicales articular un balance crítico del movimiento revolucionario del período anterior. Este rearme teórico se expresó como una crítica del programatismo, definido como la teoría y práctica de la lucha de clases tal como había sido concebida por el movimiento obrero clásico.

Desde la perspectiva programatista la finalidad de la lucha de clases era alcanzar el máximo desarrollo de las fuerzas productivas, identificadas con la implantación ineluctable de la industria pesada, la electrificación y el "poder soviético". Para alcanzar ese fin, el proletariado debía afirmar su ser como agente impulsor de tal desarrollo, como encarnación de las fuerzas del trabajo, defendiendo su posición como clase dentro del proceso de valorización; su auto-emancipación pasaba a segundo plano frente al cumplimiento de dicho programa. Para impulsar la expansión de las fuerzas productivas, el proletariado debía administrar la valorización del capital, ya fuera planificándola centralizadamente o autogestionándola, perpetuando así la economía como esfera separada de la vida. Con tal de lograr dicho objetivo, la destrucción del Estado debía postergarse hasta que el desarrollo de las fuerzas productivas le permitiese a la clase obrera al fin emanciparse de la política como actividad alienada.

En los años 60 empezamos a reconocer que estas ideas eran la negación del comunismo, y que habían jugado un papel decisivo en la derrota de las revoluciones proletarias del período de entreguerras. Algunos hitos importantes en este balance crítico, fueron en los años 70 la revista *Invariance* animada por Jacques Camatte, los libros *Declive y resurgimiento de la perspectiva comunista* de G. Dauvé y K. Nesik, y *Un mundo sin dinero* del grupo La Guerre Sociale. En ese ámbito es donde se usó por primera vez el término comunización para describir el contenido de la revolución y del comunismo. En años más recientes, publicaciones como *Troploin, Theorie Communiste, SIC, Endnotes, Riff-Raff, Hic Salta*... han hecho contribuciones importantes a esta perspectiva. La revista *Tiqqun* y el Comité Invisible se inscriben también en esta corriente, aunque desde un enfoque y un modo de expresión que les diferencia notoriamente de los otros grupos. En cualquier caso, la corriente comunizadora no es homogénea, y de hecho su vigor se debe en gran parte a las constantes divergencias y discusiones que se dan entre los distintos grupos que la componen.

Lo que esta tendencia se propone es producir síntesis superadoras de las experiencias revolucionarias del pasado, así como aperturas hacia nuevas posibilidades de emancipación. Recién empezamos a comprender que el comunismo no es otra cosa que la auto-emancipación práctica de los explotados, y que eso sólo puede significar la destrucción directa del capital y del Estado. Tal como Marx afirmaba ya en 1843, la revolución no puede ser política sino que debe ser social, y sólo puede consistir en la abolición del proceso social alienado en que el valor se valoriza a sí mismo. Esto supone que tanto la economía como la política sean abolidas, en tanto esferas que se enajenan de la vida. La revolución debe poner fin a las relaciones en que los trabajadores se reproducen a sí mismos en tanto trabajadores; y esta abolición de las relaciones capitalistas debe ser inmediata, efectuada directamente por quienes las padecen. A esta destrucción concreta de la sociedad del capital, a esta auto-emancipación revolucionaria de los humanos libremente asociados, es a lo que llamamos *comunización.*





BURGUESÍA

La burguesía es ni más ni menos que la clase capitalista, es decir, aquella que en este modo de producción tiene la propiedad de los medios de producción, y por ende la capacidad de comprar la fuerza de trabajo de la humanidad proletaria.

En sus orígenes esta clase se desarrolla en los burgos, concepto urbanístico bastante antiguo que designa ciertos desarrollos de las ciudades medievales, donde se instalaron de preferencia mercaderes y artesanos, y de ahí proviene su nombre: originalmente "burgués" sería el habitante de un burgo.

En base a ese origen, y a su asimilación práctica con el concepto de "ciudadano" tiende a usarse el concepto de "burgués" en un sentido más sociológico o cultural que económico político, extendiéndolo de forma tal que termina perdiendo todo sentido. Así, para muchos serían "burgueses" todos los miembros de la sociedad burguesa, haciendo la vista gorda al hecho realmente fundamental de que en esta sociedad tenemos una de dos opciones: comprar o vender fuerza de trabajo. En sentido preciso, sólo son burgueses los primeros, mientras que el grueso de la humanidad que para sobrevivir se ve obligada a venderse, es el proletariado. Este uso abusivamente extensivo del concepto suele ir de la mano con perspectivas academicistas y posmodernistas que tratan de encontrar nuevos sujetos revolucionarios "fuera de la sociedad", o más bien en sus márgenes, desplazando el fenómeno de la explotación por el de la integración.

En el contexto europeo la burguesía también era entendida como "clase media", no en el sentido actual sino en cuanto a la posición que inicialmente ocupe en los momentos finales de la sociedad feudal como una capa intermedia entre el bajo pueblo y la aristocracia. Esta clase pasa a ser dominante mucho tiempo después, primero en lo socioeconómico, y finalmente movilizando a su favor a las capas populares en las "revoluciones burguesas" de los siglos XVIII y XIX, momento a partir del cual la captura que hace del poder estatal potencia su avance imparable, desplazando todos los resabios de modos de producción previos, imponiendo y reproduciendo la relación social capitalista en todos los niveles de la sociedad. Gracias a ello es posible que la violencia de la acumulación originaria le suceda una fase de naturalización de la nueva disciplina necesaria al sistema de producción de mercancías, en que la violencia extraeconómica puede descender a niveles menos espectaculares para basar su dominio en lo que Marx llamó "la presión sorda de las condiciones económicas".

Con todo, la burguesía es una clase que impone el capitalismo, pero el movimiento autónomo de la comunidad del capital en su proceso eterno de valorización del valor ha demostrado históricamente hace ya mucho tiempo que puede adaptarse a diversas condiciones, y que puede prescindir de la burguesía clásica para dominar a través de otras alianzas de sectores y clases sociales, e incluso a través de una clase burocrática generada desde el seno de las representaciones oficiales del movimiento obrero (partidos y sindicatos).

La consideración anterior, a la luz de los hechos del último siglo y medio, resulta de lo más relevante, pues si bien el odio contra la burguesía y todos los dominadores es una señal de salud del bando proletario, es necesario cuestionar la totalidad de un sistema que incluso los trasciende a ellos. De lo contrario, fijándose sólo en los enemigos más visibles e identificables personalmente, siempre se corre el riesgo de que la socialdemocracia logre imponer la comprensión de que el problema son sólo tales o cuales parásitos del sistema, y no el sistema en sí mismo, lo cual nos impide pasar desde la lucha de clases a la auto-emancipación humana integral.

Queda pendiente la cuestión de cuales son hoy los sectores o clases intermedias entre la burguesía y el proletariado, para lo cual tendremos que referirnos a la "pequeña burguesía" y la llamada "clase media", cuestión que abordaremos en el próximo número.